

LA SUSPENSIÓN DEL TIEMPO

De la infalible detención del tiempo

PUBLICADO EN

Principia Architectónica. Mairea Libros. Madrid, 2012

METODI. Dialogo tra generazioni. IUAV. Facoltà di Architettura. Venecia 2012

Cuadernos TC 112, Valencia, 2014

Textos Críticos, Ed. Asimétricas, Madrid 2017

La suspensión del tiempo. Diario de un arquitecto. Los Libros de la Catarata.
Fundación Arquia. Madrid, 2017

Sharpening the Scalpel. Arcadia Mediática. Madrid, 2019

Rewriting about architecture. Ed. ACB. Madrid, 2020

Reescribir sobre Arquitectura. Ediciones Asimétricas. Madrid, 2021

LA SUSPENSIÓN DEL TIEMPO

De la infalible detención del tiempo

“Burnt Norton” es el primero de los Four Quartets, una de las obras clave de T.S. Eliot. En sus 6 primeras líneas utiliza hasta 7 veces la palabra tiempo con reiteración sorprendente, para aclarar esta noción.

El tiempo presente y el tiempo pasado
quizás ambos están contenidos
el presente en el tiempo future
y el tiempo futuro en el tiempo pasado.
Si todo el tiempo es eternamente presente
todo tiempo es recuperable.

Y Benedetto Croce parece que lo resumiera todavía de manera más concisa: “toda historia es historia contemporánea, es pasado visto a través de los ojos del presente”.

Pues éste, el tiempo que los poetas y los filósofos tan bien expresan, el tiempo de Eliot y de Croce, es el tiempo que quiere atrapar la creación arquitectónica. Porque este tiempo es tema central de la arquitectura.

Se trata en este texto de analizar el porqué, a veces, algunos espacios arquitectónicos son capaces de producirnos una conmoción interior tal, una suspensión del tiempo que, aunque pudiera parecer algo abstracto, o un tema más propio de la poesía o de la filosofía, se produce con una fuerza especial, real, palpable, cuando de la arquitectura se trata. No en vano la arquitectura es la única creación artística que nos envuelve, en la que entramos y en la que nos movemos. Cuando estamos ante o en esos espacios, en los que verdaderamente merecen la pena, el tiempo parece detenerse, se suspende, se llega a tocar con las manos.

Nadie podrá negar la emoción profunda, la suspensión del tiempo que se siente cuando se entra en el Panteón de Roma. Allí el tiempo se detiene y nos conmovemos. Yo he llorado cada vez que he vuelto. Tengo un trato con mis alumnos desde hace muchos años. Cuando visitan el Panteón deben escribirme una postal, una cartolina, con la imagen del interior, diciéndome si han llorado o no. Todos los que me han escrito han llorado. Guardo una buena colección.

No puedo olvidar cómo cuando recién inaugurado mi edificio para la sede central de Caja Granada en Granada, uno de los que allí trabajaban contaba cómo se emocionó el entrar por vez primera al espacio central. Debo confesar que, pasados los años, cada vez que vuelvo a entrar allí me sigue dando un vuelco el corazón. Y más cuando el sol, haciendo de las suyas, se posa y se pasea descaradamente sobre los muros de alabastro.

Los arquitectos deberían intentar encontrar los mecanismos propios de la arquitectura con los que se pueda llegar siempre a ese tipo de resultados. A encontrar la perseguida

belleza que en definitiva es el fin de cualquier creación artística. Y la arquitectura lo es en grado sumo.

Podríamos hablar de cómo, frente a otras creaciones artísticas, la arquitectura es la única capaz de envolver físicamente al hombre, su protagonista y su centro. La experiencia, imposible de producirse con otras artes, la de estar físicamente dentro, es sólo propia de la arquitectura.

Y si un espacio, construido con la gravedad, con materiales que tienen un peso ineludible, es tensado por la luz, que es la que construye el tiempo, de manera que nos conmueva, entonces podemos decir con propiedad que hemos llegado a la arquitectura. Sucede cuando en el espacio construido logramos detener el tiempo, cuando parece que el tiempo quedara suspendido.

El tiempo, este tiempo construido por la luz, es tema central de la arquitectura. Un tiempo capaz de detenerse dejando nuestro corazón en un puño. Mucho más que las formas de la moda pasajera, o los exquisitos detalles de la mejor construcción. La Utilitas y la Firmitas tienen su pleno sentido cuando se llega a alcanzar la Venustas, la Belleza.

El tiempo en la arquitectura puede analizarse desde muchos puntos de vista, y vamos a hacerlo desde algunos de ellos.

EL TIEMPO DE LA UTILITAS. LA FUNCIÓN

Hay un tiempo relativo a la capacidad de hacer duradera la función para la que se levanta un edificio. De la función, de la utilidad, de la Utilitas. De hacer que un edificio responda bien a la función específica para la que debe servir. O también, que sea capaz de dar respuesta en el tiempo a funciones diversas. Eso que cuando éramos alumnos se nos explicaba como la arquitectura del estuche versus la arquitectura de la caja.

El estuche responde con exactitud a la función pedida, pero no sirve para nada más. El estuche de un cuchillo no sirve para una cuchara, y viceversa. Si se cambia la pregunta la respuesta no es válida. Suele suceder cuando, además del carácter específico de la función, las dimensiones son ajustadas. Un edificio de viviendas sociales, aunque esté muy bien resuelto, al milímetro, seguramente no servirá para otra cosa.

La caja por el contrario es capaz de admitir funciones muy diversas. Y también lo que es obvio: que la mayor dimensión de un espacio hace que pueda albergar un mayor número de funciones distintas que las que serían posibles en un espacio más pequeño.

Les pasa mejor el tiempo a las cajas que a los estuches. Y mejor todavía a las cajas grandes que a las cajas pequeñas. Con razón decía Berthold Lubetkin de sí mismo, orgulloso, que él no había hecho más que cajas de zapatos en hormigón. Cajas, cajitas, cajones.

EL TIEMPO DE LA FIRMITAS. LA CONSTRUCCIÓN

Hay otro tiempo que habla de la duración física, de la buena conjunción de los materiales que desemboca en la más perfecta construcción de la Arquitectura. Es el tiempo de la firmeza, de la Firmitas. Un edificio bien construido será capaz de durar muchos años. De mantenerse en pie, firme, un tiempo largo. Todos los grandes maestros han sido, además, muy buenos constructores.

Me resulta especialmente interesante la duración de los cimientos de algunos edificios a lo largo de la historia. Las ruinas, las que merecen la pena, estos cimientos, son las trazas de la arquitectura que allí se levantó. Y en ellas se puede leer con claridad la idea del arquitecto. Son como la planta de aquella arquitectura que ha sido capaz de permanecer en el tiempo.

EL TIEMPO DE LA VENUSTAS. LA BELLEZA

El tiempo capaz de suspenderse, de detenerse cuando conseguimos alcanzar la belleza, es el tiempo de la Venustas. Es el más difícil de controlar, pero es el que más nos interesa.

Todos los tratadistas de arquitectura pretendieron dar con unas reglas universales que sirvieran no tanto para sólo transmitir unas formas o unos estilos, cuanto el ser capaces de producir la belleza, la conmoción interior de los hombres ante esas obras levantadas con dichas reglas.

Difícil intento. Al igual que sucede con los muchos y muy buenos libros de cocina con recetas donde se explica con todo lujo de detalles el cómo hacer las cosas. Y no por eso se garantiza la calidad de la cocina. El milagro del plato exquisito se produce cuando detrás hay un buen cocinero elaborando ese plato. Pues igual con la arquitectura: es necesaria una buena cabeza, una buena mano y ese algo más, nada fácil de conseguir, un verdadero arquitecto.

EL TIEMPO DE LA MEMORIA. LA PERMANENCIA.

Y otra cosa distinta es el tiempo que la arquitectura es capaz de permanecer en la memoria de los hombres. La resistencia al olvido de una obra levantada, o mejor todavía, su paso a la historia de la arquitectura. Que tiene poco que ver con la moda inmediata o con la fama pasajera. Muchos de los nombres que hace unos años llenaban las publicaciones de arquitectura, hoy ya no son nada. Ni sus nombres ni sus obras. El fenómeno, corregido y aumentado por los medios de comunicación está de plena actualidad. Muchos de los nombres que hoy forman parte del star system, son flor de un día. Nunca quedarán en la memoria de los hombres.

Pero hay otras arquitecturas más calladas que son mucho más elocuentes. Son arquitecturas capaces de trascendernos. El intento de cualquier arquitecto debería ser, por encima de las modas y de las vanidades, levantar esa arquitectura más honda, cara

a la historia, cuyos ritmos son muy otros y que pertenece a la verdad y a la belleza en su acepción más profunda.

Este tiempo de la memoria, de la permanencia, es aquel “le dur desir de durer” [duro deseo de durar] del que hablaba poéticamente Paul Eluard, y que tan profundamente enraizado está en la voluntad de todo creador: la voluntad de trascender. Lo que Picasso decía con más gracia: “Me he cansado de ser moderno. Quiero ser eterno”.

Y la memoria hace que, con el paso del tiempo, seamos capaces de valorar más profundamente las arquitecturas que merecen la pena. En Guerra del tiempo, un relato corto, precioso, de Alejo Carpentier, se nos propone un tiempo que se revuelve, que va de adelante hacia atrás. Eso que hace que Don Marcial, a la muerte, a los pies de Ceres, vaya recorriendo, reviviendo su vida hasta llegar a su concepción, a través de lo que sólo la novela, la imaginación de la mano de la memoria, puede hacer. “Los muebles crecían”, y luego “cuando los muebles crecieron un poco más”, o “ahora el tiempo corrió más pronto” son trucos de cocina de Carpentier para explicarnos tal situación.

¿No es algo parecido lo que nos pasa frente a las mejores creaciones artísticas, que cuando volvemos a ellas, pasado un tiempo largo de nuestra vida, lo entendemos todo de golpe y nos parecen todavía mejores? Como el Marcial de esa Guerra del tiempo ahora leo con más deleite los poemas de Horacio o de Virgilio que cuando lo hacía, obligado, de niño. Antes aprendía y ahora aprehendo, disfruto. Y ahora, aquí, así, el tiempo parece detenerse.

Y con la arquitectura todavía más si cabe. En mi última visita al Panteón, debo confesar que he vuelto a tocar el tiempo en la divina mancha de luz que recorría, con otra velocidad que no la física, los profundos casetones de su cúpula desnuda. Con mucha más intensidad que lo hiciera por primera vez, hace ya tanto tiempo. Pues esa capacidad de detener el tiempo, de detener el sol como lo hiciera Josué, la tenemos los arquitectos. Crear una obra capaz de trascendernos.

HISTORIA

Pocos edificios en la Historia tienen la cualidad de hacernos perder la noción del tiempo.

El citado Panteón de Roma es el ejemplo por antonomasia. No sólo cumple a la perfección con su función universal, no sólo está muy bien construido, sino que además es de una belleza aplastante. Así lo han entendido todos los grandes creadores cuando han estado en su interior. Baste como ejemplo citar aquí a Henry James cuando escribe la memorable escena del Conde Valerio arrodillado dentro del Panteón, cayéndole el agua de lluvia, haciendo material la luz que viene de lo alto. Hermosísimo. O los grabados de Piranesi sobre el Panteón, que deberían estar en las bibliotecas de todos los arquitectos.

Y si tuviera que poner un ejemplo de arquitectura moderna, pondría, una vez más, la Farnsworth House de Mies van der Rohe. Una pieza pequeña y blanca, sublime, capaz de dar continuidad no sólo al espacio sino también a la Historia de la arquitectura.

Pertenece con su radical belleza, a una arquitectura sin tiempo, capaz de generar, como aquella del Panteón, la deseada suspensión del tiempo.

EL ROTHKO DE LOS OJOS AZULES

Cada vez que entro en la casa de los Olnick Spanu en Manhattan se me encoge el corazón. Frente a mí un cuadro de Rothko, mi pintor favorito, con unas dimensiones y un color poco habituales. El cuadro es pequeño y sus colores el azul y el verde, en unos tonos tales que te sientes arrastrado hasta el fondo. Un buen amigo mío al que hablo frecuentemente de este cuadro me dice que es “el Rothko de los ojos azules”. Y tiene razón. Soy testigo de que allí, frente a ese cuadro maravilloso, el tiempo se detiene, desaparece.

Y es que la pintura, como la arquitectura, tiene esa capacidad de atraparnos y también de suspender el tiempo. Como en aquella inolvidable primera visita a Londres, cuando de la mano de Sáenz de Oíza, el maestro, nos situamos frente a la Venus del Espejo de Velázquez en la National Gallery. Desaparecieron allí el tiempo y el espacio y todo anhelo, y en aquel cortísimo lapso infinito, estuvimos como en la gloria.

LA MÚSICA CAPAZ DE DETENER EL TIEMPO

Peter Phillips, el director de los Tallis Scholar, en una entrevista antes de la actuación de su grupo en Nueva York, con el Requiem de Tomas Luis de Victoria, nada más comenzar, habló de esta “suspensión del tiempo”.

En esa entrevista, de su boca fluían en cascada las palabras intensidad, sobriedad, profundidad, precisión, sencillez, claridad, pero sobre todas ellas, suspensión, refiriéndose al tiempo. Y a la pregunta por el lugar donde mejor habían sonado los Tallis Scholar, respondió que en el Auditorio de la Opera de Sidney, de Jorn Utzon. No podía ser de otro modo. La sublime arquitectura de Utzon acogiendo la maravillosa música de Vitoria.

El Concierto, todo Tomás Luis de Victoria, celebrando su cuarto centenario, tuvo lugar en pleno centro de Nueva York, en una abarrotada iglesia de Santa María Virgen en la calle 46. Fue largo, pero para todos cuantos llenábamos aquella iglesia, no duró nada. Todo pasó en un segundo. Allí se detuvo el tiempo de la manera en que sólo la belleza lo hace posible.

A SORT OF DISAPPEAR. EL CINE

Y aunque podríamos recorrer todas las creaciones artísticas y descubrir cómo el quid de la cuestión es siempre el mismo, llegar al corazón del hombre a través de la cabeza, nos limitaremos a poner un par de ejemplos de cómo el cine, el séptimo arte, es también capaz de detener el tiempo.

La inolvidable escena de la bolsa blanca de plástico flotando en el aire de American Beauty puede ser uno de ellos. Algo tan elemental transformado por obra y gracia de un

novel director, Sam Mendes, en una pieza magistral. Todos lloramos con Wes Benley y Thora Birch, ante la belleza suprema de algo tan sencillo. Allí desaparece el tiempo y nuestro corazón se deshace en cinco infinitos minutos.

Claro que todavía mejor lo expresa Billy Eliot en aquel “a sort of disappear” que responde dos veces cuando el tribunal le pregunta por lo que siente cuando baila. ¡Cómo pudo su director, Stephen Daldry, resumir con tanta precisión, con tan breve parlamento, algo tan abstracto como la suspensión del tiempo en la creación artística!

EL MISTERIO DE LA CREACIÓN ARTÍSTICA

Y es que la arquitectura, y la pintura, y la literatura, y la música, y el cine, no son más que labores de creación del género humano que nos redimen, y que hacen que esta vida merezca la pena.

Edgar Allan Poe en su Filosofía de la composición expresa muy bien esta suspensión del tiempo:

Tuve siempre presente la voluntad de lograr una obra universalmente apreciable. Me alejaría demasiado de mi objeto inmediato presente si me entretuviese en demostrar un punto en que he insistido muchas veces: que la belleza es el único ámbito legítimo de la poesía.

En resumen, la verdad requiere una precisión, y la pasión una familiaridad (los hombres verdaderamente apasionados me comprenderán) radicalmente contrarias a aquella belleza, que no es sino la excitación -debo repetirlo- o el embriagador arrobamiento del alma.

Pues este embriagador arrobamiento del alma es esta suspensión del tiempo de la que estamos hablando.

Nuestras obras pasan entonces a “trascender la vida material y limitada”. Aquello que Stefan Zweig en ese texto imprescindible que es El misterio de la creación artística proclama con tanta fuerza: “No hay deleite y satisfacción más grandes que reconocer que también le es dado al hombre crear valores imperecederos”.

Las obras que merecen la pena nos trascienden, trascienden a sus creadores y no nos pertenecen. Pertenecen ya a la memoria de los hombres.

Paul A.M. Dirac, Premio Nobel de Física en 1933, uno de los grandes físicos de nuestro tiempo, escribía “Beauty and truth go together in theoretical physics”. ¿Podrán los arquitectos de hoy día, en vez de elucubrar sobre la vanidad, ponerse de acuerdo con los poetas y con los filósofos y con los físicos para buscar la verdad e intentar este milagro posible de la suspensión del tiempo?

Le Corbusier, con un lenguaje más sencillo, hablaba de “el espacio indecible”. Y en otras ocasiones de cómo los edificios “más útiles” eran aquéllos que “cumplen los deseos del corazón”. Cuánta razón tenía el maestro.

Y si empezamos de la mano de un poeta, T.S. Eliot, terminaremos con otro poeta, William Blake. En sus Auguries of Innocence nos propone:

Ver un mundo en un grano de arena,
y un cielo en una flor silvestre;
sostener el infinito en la palma de tu mano,
Y la eternidad en una hora.

Esa eternidad, tiempo suspendido, que es la que querríamos alcanzar con nuestra arquitectura.